

## **La utopía arcaica**

**(Gorro general)**

**¿Sigue vigente el debate sobre Arguedas y el indigenismo? El polémico libro de Vargas Llosa es sometido ahora a un debate intergeneracional por Rocío Silva Santisteban, que entrevistó por correo electrónico a William Rowe y en persona a Carmen Ollé, Miguel Angel Huamán, Iván Thays, Guillermo Nugent, Daniel del Castillo, Patricia Oliart y Alonso Cueto. ¿Qué piensan todos ellos?**

## Encuentro de zorros

Rocío Silva Santisteban

**Sin la resonancia internacional que ha tenido la publicación de su última novela, *Los cuadernos de don Rigoberto*, Mario Vargas Llosa publicó el año pasado, con el sello del Fondo de Cultura Económica, un libro de ensayos centrado en la obra de José María Arguedas: *La utopía arcaica*. El libro, cuyo contenido impulsa desde el texto de la contratapa a una ardorosa polémica, fue recibido con cierta aparente tibieza. Impelidos por esta inexplicable quietud, resolvimos poner negro sobre blanco el debate que se oía como un rumor creciente en los pasillos universitarios. Éste es el resultado de una primera pesquisa que renueva una vieja polémica y enfrenta cara a cara a dos de nuestros más importantes escritores.**

Vargas Llosa escribe con calma y un excelente manejo de la prosa; no se perturba, apunta siempre a un solo blanco y regresa muchas veces sobre el mismo tema, un retorno en ascenso y descenso, esa técnica que Kundera también utiliza en sus novelas y que es original de las estructuras sinfónicas.

El propósito de este estilo es poner en evidencia al lector algo que el autor quiere remarcar. En este caso se trata de su propia poética. Mario Vargas Llosa analiza, a la luz de la biografía, pero sobre todo de sus propias propuestas estético-literarias, la obra completa de José María Arguedas, y concluye que su narrativa en conjunto es «una hermosa mentira» a la que califica como utopía arcaica, «porque surge de las cenizas de esta sociedad arcaica, rural, tradicional, mágica (folclórica en el sentido mejor de la palabra)».

Utopía arcaica que fuera iniciada por los escritos del Inca Garcilaso de la Vega —nuestro primer escritor escindido— y retomada por los intelectuales del movimiento indigenista, con Luis E. Valcárcel como furibundo exponente a un lado y Uriel García como moderado participante al otro.

Este concepto, la utopía arcaica, se alimentaría «de inspiración y de fe, pues es religiosa, mítica, poética... Está hecha de creencias simples e indemostrables, como el andinismo: que los Andes, por sus características geográficas y culturales, representan una forma más profunda y auténtica de humanidad que los desiertos y valles de la costa...».

Pero también está construida por otros dos elementos inseparables del primero: «el agrarismo y el arcaísmo: la antigüedad es virtud, como lo es el campo, en tanto que la modernidad y la urbe significan vicio y decadencia».

Éste sería el punto de partida de todas las obras ficcionales y no ficcionales de Arguedas, y es por esta misma razón, sostiene Vargas Llosa, que este indio del universo arguediano es ficticio, no sólo por formar parte de esta hermosa mentira sino porque Arguedas era en sus fueros más internos «un conservador, un ecólogo cultural» que pretendía mantener al indio incontaminado de los vicios de la modernidad, como serían, entre otros, el amor al dinero y el afán competitivo. «Que, en nombre del progreso, se destruyera la realidad cultural india, era inaceptable para Arguedas, y en su obra uno puede seguir las alternativas de este conflicto» tanto como en sus testimonios; por ejemplo, en ese debate llevado a cabo en el Instituto de Estudios Peruanos el 23 de junio de 1965.

Es justamente en esta mesa redonda que Arguedas intenta, con pasión y desgarramiento, conjugar la modernidad con la tradición cultural andina. Sostiene con vehemencia que «la gran

ambición del libro (**Todas las sangres**) fue justamente mostrar esa multiplicidad de concepciones, según los grados de aproximación de un mundo en furor...», y niega rotundamente que exista una diferencia insoslayable entre la concepción mágica, animista, del mundo andino y la visión racionalista; se trataría más bien de «la fase de una dialéctica».

De alguna manera Vargas Llosa retoma por este lado las contradicciones que emanan de **Todas las sangres** —«su mayor derrota»— para entender esta dialéctica propuesta por Arguedas y retomar, un poco a pesar de sí mismo, la idea en el análisis de **El zorro de arriba y el zorro de abajo**, ese descenso al infierno, a la inmundicia y al barro que preludia lo que termina por calificar como la cultura chicha, y que a pesar de sus defectos, su fragmentación y sus deficiencias «y curiosamente en parte debido a ellas, se lee con la intranquilidad que provocan las ficciones logradas... porque... es una dramática reflexión sobre los sufrimientos del Perú...».

Pero este libro que nos convoca no termina en la historia de Arguedas; continúa más acá, en la historia del otro escritor que de alguna manera sigue padeciendo «su país». Si, como él dice, sometemos **La utopía arcaica** a «ese laborioso homicidio que llaman análisis textual», podríamos entender mucho de los demonios de Vargas Llosa, quizá más que los del propio Arguedas.

Cuando, por ejemplo, se trata de comprender la angustia de Arguedas, Vargas Llosa de alguna manera se refiere a su propia angustia. Esa angustia «acumulada a lo largo de toda una vida... en la que sus problemas privados se mezclaban con los traumas y conflictos de la sociedad peruana. En ellos (en los textos) lo escuchamos frágil y sin esperanza, al borde del abismo, pidiendo a sus compatriotas, por medio de gestos contradictorios, afecto, reconocimiento, comprensión». Más allá de la contextualización «abismal», ¿no son estas reflexiones pertinentes para su propia trayectoria? ¿Acaso el mismo Vargas Llosa no combinó sus propias confesiones personales con su visión desencantada de la política peruana en **El pez en el agua**? ¿No era ese libro un punto de escisión con la tierra que abandonó? ¿Acaso por medio de gestos extremadamente contradictorios, como son su nacionalización como español y la dedicación de un libro al otro gran escritor peruano, no reclama de sus compatriotas reconocimiento, afecto, comprensión?

No son preguntas que se puedan contestar. En todo caso, no deja de ser curioso que la estructura de **La utopía arcaica** se proponga en paralelo, similar a la de **La tía Julia y el escribidor** y a la de **El pez en el agua**, alternando capítulos de análisis textual con otros de estudio biográfico.

Esta preferencia por el planteo de la trama y la urdimbre del texto dice también del escritor que la usa: escindido, dividido, mitad y mitad en un mundo que es Uno y Otro, entre el mundo que no comprende y que le fascina y el otro que entiende pero del cual reniega.

Si Arguedas es el escritor de «arriba», dividido por su pertenencia a ambos mundos del Perú, Vargas Llosa es el escritor de «abajo», escindido y desarraigado por sus sentimientos encontrados con ésta su Patria Tierra.

